

La hermana del CACAÚÉ

«Todas las personas tienen su lado bueno».

Eso lo repite mi madre a menudo, pero, ¿todas, todas?, me pregunto yo. Y es que hay que querer a mi madre como yo la quiero para creer que sea cierto, que con eso ella pretende hermanarme con mi Julio, e insiste en que es buen chico y debo aprender a mirarlo sin la ojeriza que le tengo.

Pero es que, a ver, ¿alguno de vosotros ha sido hermano menor?

Yo sí. Y sé lo que me digo.

Los padres confían en el mayor de los hermanos para que haga y deshaga con una. Y con una pequeña como yo nadie tiene en cuenta que tu hermano mayor es Periquillo Terremoto, que no sé quien será ese, pero así llamaba mi abuela Lucre a mi Julio antes de que los del pueblo le cambiaran el nombre.

Pero no, no era así como quería empezar esta historia.

La historia que yo quería contaros tiene mucho que ver con Moncalvillo de la Fuente, así que empezaré por los principios.

«Todos los pueblos son un *muermazo*». Eso lo dice mi hermano cada verano dando patadas a piedras y gatos cuando llegamos a Moncalvillo de la Fuente.

¿Que qué es eso de Moncalvillo de la Fuente?

Pues un pueblo, a ver qué te has creído. Bueno, vale, es el lugar donde nació mi madre, donde vive mi abuela Lucre, (la de los besos más prietos y la que mejor hace la caldereta del mundo), y donde mi familia y yo venimos de siempre a veranear. Aunque donde yo

más veraneo es en la plaza de Moncalvillo. Una plaza enorme que hay, con su fuente y todo, que aunque sea una fuente sin agua, es el mejor sitio para quedar con mi amiga Marina y su hermana pequeña la Cloti; y ahí nos colocamos las tres a veranear, charrando mañana y tarde, sentadas en el bordillo de la fuente, junto y al lado de Obdulio el de la fuente, que no molesta porque el pobre es muy mayor y es sordo y mudo, o eso dicen. Con él, por las mañanas, nos encuentras a las tres a la sombra de la fuente que da mirando al bar de Nicasio, y por las tardes a su espalda, a la mira del comercio de la *señá* Juana, (La Negra la llaman, y eso que es rubia como los trigos). A la orilla de esa fuente me pongo yo con mis dos mejores amigas, que ese sitio es nuestro. Y bueno, de Obdulio el de la fuente del que más, que él ya estaba ahí desde antes de la fuente, creo; además, que llega siempre primero.

Pues lo que voy a contaros sucedió en aquellos días de un lejano verano, años después de que en el país vecino unos estudiantes franceses, «los hippies», como los llamó mi padre, protestaran por la sociedad de consumo, mientras que en Moncalvillo de la Fuente sus vecinos aplaudían con entusiasmo la llegada del consumo mismo. Que de lo que unos protestan, otros están faltos.

A lo que iba.

En aquel bordillo de la fuente era donde mi amiga Marina, su hermana pequeña la Cloti y yo pasábamos las horas muertas en la contemplación del ir y venir de parroquianos al bar de Nicasio (conocida reserva de hombres), y el novedoso chorreo de mujeres al establecimiento, ahora con la mejor de las excusas: ¡llamar por el teléfono!

Y es que aquel lejano verano, la primicia cuando arribamos a Moncalvillo de la Fuente no era otra que la de la instalación en el bar de Nicasio del teléfono automático de fichas. Esto es, en el propio Moncalvillo de la Fuente el famoso teléfono asistido de antaño había sido sustituido por un teléfono ¡automático de fichas! La liberación había llegado al pueblo para uso, disfrute y mejora de sus habitantes.

Comprenderéis que yo no estuviera de acuerdo con la afirmación de mi hermano «todos los pueblos son un *muermazo*», que significa todos los pueblos son aburridos, a lo que si le sumamos aquel otro dicho de mi madre «todas las personas tienen su lado bueno», venía yo a concluir, «ni tanto ni tan calvo», porque aunque una solo tenga nueve años una ya distingue que tu hermano es de lo que no hay, dicho muy finamente, y que Moncalvillo de la Fuente es un sitio en el mundo que, si te fijas sin malasombra, de aburrido nada, pasan montonazo de cosas, solo tienes que mirar con buenos ojos y no con esa tirria que le tienen algunos.

Mi propia abuela lo dice siempre, «¡pues anda que no ha mudado de aires ni nada Moncalvillo!». En sus tiempos, cuenta ella, por Moncalvillo solo pasaban las águilas (yo las veo planear los roquedales próximos a la ermita abrazada de ciruelos y avellanos, cerca del arroyo, allá donde el secreto de los hongos, monte arriba), y es cierto que antiguamente no pasaba el circo, ni subía el panadero, no había maestro, y ni siquiera el cura; pero hasta eso tenía su parte buena, que parece que no estaba permitido morirse porque el médico tenía la consulta allá abajo, como el cementerio, en el mismo Rabanera.

Claro que los tiempos cambian, y ya puede decir con orgullo mi abuela que en Moncalvillo hay de todo. Mira tú si habrá, que ese verano que te digo llegamos a Moncalvillo y, ¡tachán tachán! el antiguo teléfono asistido por Nicasio el del bar, donde la telefonista de Rabanera hacía esperar a los de Moncalvillo las horas muertas para celebrar una llamada, había sido sustituido por un moderno teléfono automático de fichas, liberando a Moncalvillo de las veleidades de la operaria de turno.

Y tanto que pasan cosas en el pueblo de mi abuela. O no hubieran traído ese moderno teléfono a Moncalvillo de la Fuente, que a mí me parece que aunque sea un pueblo con su calor de justicia y tal, pero y qué, lo dice mi padre «luego nos quejaremos del frío».

A lo que iba. Aquel verano que os cuento, el protagonista indiscutible fue la llegada del teléfono automático de fichas.

-¿Te gusta el teléfono de fichas?- le faltó tiempo a mi amiga Marina para hacerme la pregunta. Y aunque al principio me chocó tanto, pronto me acostumbré a alabar el nuevo aparato, que no cuesta ser amable, visto que la consulta se me repetía como si de un familiar más de Moncalvillo se tratara.

Además, aquel objeto plateado y rechoncho, el artilugio de pedir y dar noticias con prontitud que Nicasio el del bar brillantaba como los chorros, podía yo observarlo a placer desde el corro de mis amigas, nuestro puesto vigía, asentadas al borde de la fuente de la plaza, junto a Obdulio el de la fuente.

Reconozco que al principio yo solo veía el automatismo de aquel teléfono de fichas como un teléfono para llamar por teléfono, ¡cómo lo iba a ver! A lo sumo como una bonita caja de hierro gris plata, parecida al reducto con llave donde mi hermano guardaba sus dineros, aunque la cuadrangular y de bordes redondeados del bar de Nicasio, (padre de Pedrito y amigo de correrías de mi hermano), tenía detalles de aluminio que la hacían brillar como si fuera un tesoro, lo que sin duda suponía aquel avance liberador para los habitantes de Moncalvillo.

Más tarde, no sé si fue de advertir sus destellos, o por aquel auricular de baquelita negra al que estaba unido por un cordón metálico que le colgaba en el extremo izquierdo como pendiente de una oreja, mi fantasía comenzó a verlo como a un auténtico pirata. Pirata a falta de un parche que bien paliaba con sus ojos multiplicados por diez, ya que el teléfono tenía una rueda de marcación de plástico transparente con números del 1 al 0. A más de que, muy cerca del disco, bordeando esa parte, tenía un visor en forma de medialuna que aunque era para mostrar la cantidad de pesetas que quedaban en la ranura durante la conversación, a mí se me antojaba la sonrisa torcida y un poco sarcástica del sañudo pirata, llegado a poner modernidad a Moncalvillo de la Fuente. Por no decir que el desalmado aparato poseía en la parte inferior una abertura a modo de boca oculta donde recuperar las monedas que no se utilizaban, aunque de este particular me enteraría mucho más tarde y en muy curiosa providencia.

Qué decir. No se hablaba de otra cosa en Moncalvillo de la Fuente que del cambio que había supuesto el pirata automatizado instalado en el bar de Nicasio. Eso que ese verano precisamente yo no pensaba más que en hablar de Diego el de mi clase, toda enamorada del primo de mi amiga Elena, (ambos de veraneo en la Manga del Mar Menor), si bien prestaras atención o te importara un pimiento, por aquí y por allá los parabienes y comentarios eran sobre el mecanismo llegado al pueblo a evitar las penosas esperas del antiguo teléfono asistido por una, no siempre ágil y comprensiva, operadora que atendía la población de Moncalvillo.

- ¿Has visto ya el teléfono automático de fichas?
- Pues claro, como para que no...
- Ahora se puede llamar rápidamente.
- Por si pasa algo.
- Ya era hora.
- Yo tenía vistos esos teléfonos de cuando echaron una película de gánsteres americanos. ¿Te acuerdas que fuimos medio pueblo a verla a Rabanera?
- Los americanos es que son la leche.
- Lo que es, es una tranquilidad muy grande que las cosas sean al instante.
- Esto del teléfono a mí de siempre se me ha figurado cosa de magia.
- ¿Y eso?
- Hombre, a ver qué te parece; si lo miras solo es un cacharro que sirve para llevar las voces allá a la distancia, pero si piensas cómo funciona...
- Pues con sus dos circuitos, el de la conversación y el de la marcación en cada llamada... Ya lo explicó el técnico que vino a instalar el asistido.
- También dijo lo de la electricidad, que la comunicación va con señales eléctricas...
- Pues a mí, será como sea, pero eso de que no se mezclen las conversaciones... O que las señales quepan en un hilo...
- No es en un hilo, es una misma línea de apenas dos hilos. Más la bobina.

- Sí, la bobina, y bueno, el transformador que ajusta y separa las dos señales.
- Me contaréis si no es eso magia... o raro, porque raro es un rato, ¿o no?

Un teléfono de fichas automático, un pirata actual con sonrisa de medio lado que al que parecía sonreír era a mi hermano y a la pequeña panda de amigos que capitaneaba en Moncalvillo como cada verano. Por ellos estaba al tanto de cuanto concernía a mi pirata, que no funcionaba con fichas, sino con pesetas, y sobre todo que servía para hablar con el mundo exterior sin esperar, oh maravilla, que a la telefonista de turno le dieran ganas de pasar la comunicación: «pintándose las uñas estará», murmuraban los más piadosos. Con eso, ahora, lo bueno del invento era pasárselo uno bomba al instante y cuando el del bar (el padre de Pedrito) no se encontraba. Eso que Nicasio, en su celo, había colocado el teléfono en sitio tan principal que no resultaba fácil acceder a él para gastar las bromas de que gustaban los zanguangos.

Bromas. Ya ves tú la tontería, con lo feliz que a mí me habría hecho utilizar el teléfono para llamar a mi amiga Elena (que veraneaba con su primo Diego de mis amores en La Manga del Mar Menor), si mi amiga Elena hubiera tenido un teléfono.

Pero no era el caso. El caso era mi hermano.

Mi hermano, del que me escabullía cuanto podía y todo lo que él me dejaba.

Que yo a lo mío con mi amiga Marina y su hermana la Cloti, a mirar, o a cantar en la fuente, junto a Obdulio el de la fuente que siempre estaba, y *loquemásloquemás*, a ensayar la canción que me estaba aprendiendo en inglés para dejar a los de mi clase patidifusos cuando volviera al colegio. Porque esta vez sí pensaba intervenir en el festival de fin de curso, y Diego se quedaría boquiabierto con la gracia de mis movimientos y el dominio de otro idioma, inglés, con la letra tan difícil que me estaba aprendiendo: *Aaaaaaaah chù de naumbera gui de kelan yú/ vera unú beybi sili túyú/ aguayú /eieie/aguar yú /auauauaa...*

Porque tener nueve años no es moco de pavo cuando te has enamorado por primera vez, pero tener nueve años y que tu hermano tenga once supone toda una barrera. Una barrera de hierro macizo, y pinchos, y vidrio roto en lo alto, por poneros un ejemplo. Una barricada que él solía saltarse como si nada, pisoteando mis derechos de hermana pequeña.

- ¡Tú, ven, enana!, que vamos a llamar por teléfono...

- No quiero.

- Te vienes porque dice Pedrito que no está su padre y como tú te enrollas con su madre, así podemos llamar.

- Pues me das una peseta.

- Un *cosquis* es lo que te voy a dar como no vengas.

- Se lo voy a decir al papá lo que hacéis.

- Tú atrévete, mocosa.

Era chantaje, sí, pero al final yo cedía porque cuando llevas dos días en Moncalvillo de la Fuente, tener algo que hacer es una gran novedad, así que allá que me iba, al bar del Nicasio, a darle palique a la Emilia (la madre de Pedrito y mujer de Nicasio).

¿Mi misión? Mi misión era entretenerla y llevarla lo más lejos posible del lugar donde se alojaba el famoso teléfono automático.

A ella le gustaba mucho hablar conmigo, por lo forastera, y porque «me hace gracia oírte hablar con ese acento», repetía, que por otro lado era lo mismo que a mí me ocurría con el suyo y con todos los habitantes de Moncalvillo, ya ves. Y a mí, qué va, no me importaba nada distraerla y darle conversación a la madre de Pedrito, o escucharla, «mi vida es para escribir una novela», me decía, y bien mirada, las arrugas de su cara parecían caminos repletos de historias, capítulos de un libro que a poco que quisieras ella te contaba. Muchas cosas, la Emilia del bar de Nicasio.

¿Qué hacían entre tanto los majaderos de la panda de mi hermano?

Bueno, en realidad es que a mi hermano le lucía gastarse la paga en aquel listín telefónico que acompañaba al teléfono automático de pesetas. En esa especie de libro, en riguroso orden alfabético, encontrabas tú todas las personas que se llaman abonados, con los apellidos y el nombre por si necesitabas saber su número, ya que Nicasio el del bar, en pos de la modernidad, había retirado el otro listín de andar por casa, el de los motes de usuarios del pueblo, alejando de una vez y por fin aquella vieja pero práctica usanza.

Así que mi Julio y sus secuaces, pillaban por banda el nuevo listado impreso de nombres de la España automatizada, y al personal lo volvían loco al buen tuntún del azar; de muerte se lo pasaban llamando a diestro y siniestro y sin ton ni son con el nuevo teléfono. Porque mi hermano tenía paga y yo no, ¿ves las injusticias?

Conque cogían los críos el registro en papel del listín, y el uno por el otro, muertos de la risa, a atiborrarse de llamar.

- Está el señor Rodríguez?
- ¿Cómo dice?
- Nada, nada, je, je, je, *m`abré equicovao*. Adios, adiós, je, je, je, je...
- ¿Es usted la señora Jiménez?
- ¿Dónde llamas, hijo?

Os diré que la jugada aquella solía prolongarse hasta que alguien avistaba a Nicasio y daba el chivatazo de que volvía, o interrumpía un parroquiano con la urgencia de llamar y exigía un orden a la chiquillería.

Por tanto había días infructuosos totalmente, pero ah, ¡qué perfección cuando mi hermano y los suyos marcaban número y ocurría lo que andaban persiguiendo!

- ¿Está la señora de Almela?
- ¿Quééé?-Y esa pregunta era la respuesta correcta: ¡¡¡Bingo!!!

Justo la que buscaban, la que ansiaban de su interlocutor al otro lado.

- ¿Quéééé?
- ¡CACAUÉ!
- ¡CACAUÉ! ¡CACAUÉ! ¡CACAUÉ!

Ahí era el dislate, la risa loca y el salir corriendo, dejando el auricular sin colgar como si la persona del otro lado del teléfono pudiera surgir del hilo, agarrarles por la oreja y llamarles gamberros, más que gamberros.

Una y otra vez siempre que podían, una y otra vez.

Ahora que a mí, si no llega a ser porque ese verano yo me había venido a Moncalvillo de la Fuente enamorada de Diego, el primo de mi amiga Elena, me apaño yo el verano como todos los veranos con mi amiga Marina y su hermana pequeña la Cloti sin más gaitas, aunque aquel verano mi vida tenía dos fines muy principales.

¿He dicho ya lo que yo adoro a mi madre? Lo que yo más quiero en este mundo es a mi madre. Ella es una santa, sin ver a mi abuelica Lucrecia, que es su madre, se pasa la pobre de un verano al otro. Se me ponen los pelos de punta de pensar que me sucediera a mí eso con la mía, con las croquetas tan ricas que hace...

Así que entre conseguir quince pesetas que valía el costurero de flores que tenía visto en el comercio de la *señá* Juana la Negra para regalo del cumple de mi madre, entre eso y el objetivo dos que era ensayar en inglés y aprenderme otras cinco canciones románticas con mi amiga Marina y el saltador de su hermana Cloti a modo de micrófono, con eso tenía yo bastante veraneo.

Solo que antes de seguir contando debería hablaros de Obdulio el de la fuente de Moncalvillo de la Fuente. O del mismo Moncalvillo de la Fuente.

Que cuando mis padres nos llevaban a Moncalvillo de la Fuente cada verano era «para perdernos del mundo», como decían ellos, y es que allí el mundo, bah, quedaba lejos..., si no llega a ser por mi Julio, que no para quieto. Me bastaba con toda la música moderna

en la cabeza para cantársela a mis entusiastas y atentas amigas de Moncalvillo- Marina y su hermana pequeña la Cloti-, sin importarme si el mundo me encontraba o no. Además, que ese verano estaba lo del teléfono público de meter pesetas, igual que estaba Obdulio el de la fuente de Moncavillo de la Fuente: aguantando el calor de morir.

Me acuerdo de él como si lo estuviera viendo.

Me refiero al teléfono automático.

Yo me colocaba con Marina en el borde de la fuente, a cantar, o a charlar de nuestras cosas, «me faltan ya solo cinco pesetas para poder regalarle el costurero a mi madre», siempre cerca de Obdulio el de la fuente, porque él no se mueve de allí, que parece una estatua con su gorra y su *cayao*, que lo único que le falta es que le salga chorro por las orejas, lo que estaría bien sobre todo porque la fuente de Moncalvillo de la Fuente no tiene agua, ya te lo digo.

El caso es que Obdulio el de la Fuente se pone ahí mismo, en la fuente, porque ese es su sitio, así que lo tomas o lo dejas, y mi Marina y yo lo tomábamos, que la verdad no molesta porque parece que no está. Y lo mismo nos centrábamos en el costurero que quería yo comprarle para su cumpleaños a mi madre en lo de la Negra, (había visto un costurero con flores pintadas que de seguro a mi madre le iba a encantar), que eran mis desvelos con Diego, el primo de mi mejor amiga Elena, al que pensaba sorprender a mi vuelta cantándole por Mat Monro: *libre, hoy eres muy libre, no quiero que nada te obligue, que al final si me sigues lo hagas de corazóóón....*

Estaba llena de dudas en la elección, porque también me gustaban Camilo Sexto, y Miguel Rios, y Janette: *Cállate niña y no llores más. Ay.*

Mis baladas harían mella en el corazón de Diego. Tenía mucho que ensayar, claro, pero cuando volviera a Madrid mi dominio y mis gráciles movimientos en el patio del recreo harían que el primo de Elena cayera rendido a mis pies para siempre jamás. Aunque, ¿le gustaría a Diego que su chica fuera una chica ye-yé y cantara en inglés? Por si acaso no

podía perder de vista aquella otra difícil canción que ya casi me sabía: *Ar yu de naumbera ar gui de gerl and yú/ Wera beybi silli túyú/ Wo ar you/ei ei ei/Wo are you? Au guah guah.*

Cierto que las pocas veces que no cantaba, la mirada se nos iba al bar de Nicasio (es que está enfrente de Obdulio y de la fuente) y el pensamiento se nos quedaba colgado del artilugio automático. Entonces Marina, pletórica, me lo preguntaba:

- ¿Te gusta, verdad?- la amiga pedía mi opinión capitalina, y porque adivinaba el orgullo patrio que ella sentía por aquel aparato de la modernidad que daba lustre a Moncalvillo, yo asentía.
- Sí, es una tranquilidad, más que nada para una prisa- asentía, y que no cuesta ser amable.
- Cómo será que funciona...- se preguntaba Marina en voz alta.

Y como yo llevaba mucha metralla a propósito del teléfono de marras, siempre le aportaba algo que hacía subir mi valoración en su estima.

- Con las tripas, qué te crees... Dentro lleva un mecanismo que te cuenta las monedas, no hay quién lo engañe, este pirata es más listo que la máquina de la CocaCola.
- Ya...
- Solo que a ese si le echas monedas en vez de una CocaCola te da tiempo para que hables. Bueno, te facilita la línea. Pero si no le echas pesetas, ni los buenos días!
- Eso dice mi madre.
- Y si se te acaban las monedas y estás hablando en lo más interesante, es igual, ¡¡¡tiempo!!! Se acabó, se desconecta la conversación y te quedas con cara de bobo...ya no puedes hablar.

La ignorancia de Marina no era mayor que la mía, solo que cerca tenía a mi Julio que era el que mejor daba las lecciones.

- ¿Que no sabes cómo se llama?- decía-. Pues cómo se va llamar, ¡teléfono, se llama!...- se reía mi hermano de su sombra que eran los dos hermanos Ruzafa, los pequeños Herminio y Andrés.
- No, digo para llamar al médico, por ejemplo, qué hay que hacer...
- Veamos, pardillo...Sabrás que el teléfono nuevo lo han puesto porque la telefonista que salía cuando descolgabas se murió, ¿lo sabes, no? Por eso han inventado algo más práctico, automático.
- Andaaa...Pero entonces, ¿qué hago si no sale nadie al otro *lao*?
- Uno. Levantas el auricular..., sí, el colgajo negro de la izquierda...Dos. Colocas las pesetas arriba, en la raja que sobresale. Tres. ¿Tienes el número de teléfono del médico?
- Sí...mi madre.
- Pues metes el dedo en cada uno de los números de teléfono del médico y marcas dándole vuelta a la rueda hasta el tope. Con eso ya has llamado al número, entonces en vez de la mujer de antes escucharás unos pitidos, y cuando eso, ya hablas...Bueno, si el médico está *ocupao* por más que pite el chiflo de la señal no va a coger el teléfono.
- ¿Y entonces?
- Mira, mejor vente con nosotros que vamos a jugar al CACAUÉ, y te enteras rápido.
- ¿Al CACAUÉ? Vale.

Así fue que debió convencer aquellos primeros días a los hermanos Ruzafa de comenzar con las bromas de las llamadas con el teléfono de fichas.

El muy listico (lo que hay que oír), cuando mi padre se enteró del asunto y lo pilló por banda, todavía se defendía entre camotazos:

- ¡Era solo para enseñar a Herminio a hablar por el teléfono de automático de fichas, papá!

- El Cacaué, ¡qué mote bonito! Mira que te la cargas...En Moncalvillo somos todos *garrujos*, y en mi familia hemos sido siempre Los Majos. ¡No va a venir un hijo mío a cambiarnos el nombre!

Es que en Moncalvillo todos tenemos uno. Un apodo, me refiero. Será por eso que aquel día no me extrañó cuando Obdulio el de la Fuente me chistó:

- Psss, psss, ¡tú! La hermana del Cacaué, ven, acércate...
- ¿?
- ¿Te gusta el teléfono del Nicasio?- su voz me sonó cavernosa y tuve un momento de sobresalto y otro de aturdimiento cuando señaló con la barbilla al frente.

¡Primera vez que escuchaba hablar a Obdulio el de la fuente!

«¿Obdulio? Bah, no te oye, es sordo y mudo», hacía ya años que mi amiga Marina me lo asegurara.

De hecho, nuestras conversaciones, justo y al lado de Obdulio el de la fuente no tenían secretos para él, lo cotorreábamos y lo cantábamos todo, sobre todo aquel verano que ensayé sin descanso y cual disco *rayao*. Me pregunto ahora si no fue cuando me dio por redundar al grupo Formula V que Obdulio el de la fuente se levantó y se marchó dejándonos a mí y a mis amigas con la canción en la boca, ciertamente sorprendidas: *Tengooooo tu amor, para que quiero más, me conformo con ser feliz, qué más puedo pediiiiir. Tengooooo tú amor, para que quiero más, me conformo con ser feliz con saber que tú vives para mí.*

Mis veleidades con la música romántica del momento me llevaban de acá para allá. Mi público escaso, (mi amiga Marina, en su ignorancia de lo moderno, y su hermana Cloti, en su pequeñez), no ayudaba en la elección de la cantinela que dejaría prendado a Diego para siempre.

Porque qué me dices de la de Nino Bravo: *De por qué te estoy queriendo, no me digas la raaaazón, pues yo mismo no me entiendo con mi poooobre coraaaazón, al llegar la madrugada, mi canción desesperada te dará la explicacióóón: te quieroooooo vida miiíííí, te quieroooooo noche y día, solo vivo para ti...*

Claro que en mi auditorio habría incluido sin el menor problema a Obdulio el de la fuente, que ciego no era, solo con que hubiera dado alguna vez indicios de presencia o gusto por alguna de mis canciones, pero si por mayor, sordo y mudo quedó descartado, tampoco tuvimos jamás constancia ni de su complacencia ni de su desdén más que, tal vez, aquella huída de los Fórmula V...

-¿Te gusta el teléfono de fichas?-, me repitió Obdulio el de la fuente, interrumpiendo mi solitario tarareo esa mañana.

Esa mañana me hallaba sumida en pleno Dúo Dinámico.

Había llegado a la conclusión de que mis posibilidades con Diego se acrecentarían si mi canción tenía aquel toque desgarrado: *Naaaaadie, nadie sabrá jamás cuanto te quiseeee, nadie naaaadie comprenderá que nos pasóóó. Aunque el mundo ría feliz yo estaré triiiisteeeé, esperando el re-tor-no, esperando el re-tor-nooooo de nuestro amooooor ooooo.*

Miré al compañero de fuente y holganza sin salir de mi asombro.

¿Pero Obdulio no era mudo y sordo? Miré como se mira un pasmo esa mañana en que mis dos amigas, Marina y Cloti, me habían abandonado al reclamo de su madre.

Y aunque aquel aparato a mí se me antojaba con facha de jocosos piratas y no algo como para tirar cohetes, me volví hacia el abuelo, le eché una tímida sonrisa y dije que sí, que me gustaba mucho el teléfono automático de pesetas.

- Pues aprovecha, nena. ¿Ves ese agujero que tiene? Ese de abajo que parece una boca...
- Ajá.

- Acércate y mete la mano... Muchos no saben..., se dejan olvidadas ahí las perras.
- ¿?
- ¿No te faltaban cinco pesetas para comprarle el costurero a tu madre?

Os lo cuento ahora, e incluso yo tengo mis dudas de si aquello sucedió alguna vez.

Porque Obdulio nunca volvió a dirigirme la palabra, ni a solas ni en presencia de mis amigas, a las que de ningún modo llegué a desvelar semejante suceso.

Sin embargo, ya que a partir de entonces solía observar al inadvertido amigo de reajo, pude ver cómo su boca se fruncía en gesto aprobatorio uno de esos últimos días veraniegos de ensayo tenaz frente a mis inseparables. Ciertamente mi oído inglés había mejorado infinito con aquella canción tan moderna de unos ingleses melencólicos: *Are you the number, are we the girl. And you? Where are Baby silly to you. How are you? Eh eh eh. How are you? Ah wah wah.*

La misma que, de vuelta al colegio, resultó todo un éxito con Diego y mis compañeros en el patio de recreo y en el festival de Navidad.

Ah, lo mejor de aquel verano se lo llevó mi madre: un precioso costurero de madera con flores pintadas en la tapa que le compré en donde la *señá* Juana la Negra. Aunque en honor a la verdad debo decir que fue un regalo a medias con la vecindad.

Pero eso solo lo sabemos Obdulio y yo.

Bueno, y ahora vosotros, aunque espero que me guardéis el secreto.